

Historias casi verdaderas

Nicolás Schuff

Ilustraciones de Juan Devoto

loqueleg



La tortuga

Algunas noches, Vicente soñaba que era una tortuga.

7

En sus sueños, vestirse le daba muchísimo trabajo.

Las zapatillas no le entraban porque eran puntiagudas y él ahora tenía patas redondas, así que salía a la calle descalzo.

Por más que se apurara siempre llegaba último a la escuela. Las puertas estaban cerradas y tenía que tocar el timbre.

En el aula, las palabras le salían lentas, raras, un poco arrugadas. Eran palabras tortuga.

Nunca disfrutaba el recreo porque cuando lograba bajar del banco y salir al patio, el recreo ya había terminado.

Su compañera Nina lo llamaba Tortu. Él pensaba que su nombre completo debía ser Tortura, más que Tortuga, por lo mal que lo pasaba.

Por suerte, era solo un sueño.

Al despertar, lo primero que hacía era saltar de la cama y correr por su casa a toda velocidad.



Entonces se quedaba mucho más tranquilo.

Pero, a veces, cuando estaba con gente que no conocía, o cuando el maestro Tomás le hacía una pregunta y todo el grado esperaba en silencio la respuesta, Vicente recordaba su sueño. Y le daban ganas de tener un caparazón donde meter la cabeza.





Adiós, pecas

10 Nina era muy pecosa.

A ella sus pecas a veces le gustaban y a veces no.

A veces se miraba al espejo y trataba de contarlas.

Siempre se aburría antes de terminar. Entonces se iba a jugar con su amiga Malena y el perro Panza.

Un día, Nina le preguntó a su mamá si iba a tener pecas para siempre.

La mamá le dijo:

—No, alguna vez se te van a ir, como me pasó a mí.

Terminó el invierno y llegó la primavera.

Y una mañana, al despertar, Nina vio un montón de puntitos marrones saltando sobre su almohada.

Ella gritó, pensó que eran pulgas, pero eran sus pecas.

Fueron todas juntas hacia la ventana y desde ahí saltaron a la calle. 11

Nina se asomó para ver a dónde iban, pero no llegaron a tocar el suelo.

Era un día muy hermoso, muy azul, y las pecas quedaron flotando en el aire tibio de la mañana.

Algunas brillaban bajo el sol, como bichitos de luz en pleno día. Parecían contentas.

Nina les dijo:

—¡Adiós!

Se las quedó mirando hasta que se dispersaron en el cielo y después fue a desayunar.



